

madrugada del 18 de febrero de 1949 mientras dormía en el sofá que le servía de lecho, fue tan dulce como inesperada.

El trabajo de Julio Gil Pecharrmán, *Niceto Alcalá Zamora. Un liberal en la encrucijada*, es el estudio más completo que hasta el momento se ha hecho del que fuera el primer presidente de la Segunda República de España.

Con mano de hierro

Carlos Fernández Santander, autor de cerca de cuarenta libros de investigación histórica, la mayoría de ellos dedicados a temas relacionados con la guerra civil y el franquismo, nos ofrece con su biografía crítica, *El general Franco. Un dictador en tiempo de infamia*, la reedición de un trabajo que publicó hace más de veinte años, y que le ha dado la oportunidad de escribir el libro casi de nuevo, añadiéndole numerosas aportaciones, especialmente documentales y memorísticas, posteriores a su primitiva publicación.

Ante su personaje, el militar que gobernó el país con mano de hierro durante cuarenta años, Fernández Santander se pregunta: ¿Fue Franco un enigma histórico?. Y la respuesta es: «Creo sinceramente que no». El autor piensa que

Franco, al que la mitomanía oficial ha ensalzado como nunca lo fuera otro jefe de Estado en España, no puede resistir un estudio objetivo de su largo caminar sin que sea descubierto su verdadero y único propósito: el poder (el mando, como él mismo lo llamaba). Se pregunta también: ¿Qué han significado Franco y el franquismo para España?, y su respuesta es una interminable retahíla de puntos negativos: en primer lugar, una paralización de la solución de sus problemas; en segundo lugar, una profundización de sus defectos. Problemas seculares —añade—, como la reforma agraria (al abolirse la ley aprobada por la segunda república, se volvió al punto de partida); la reforma de la enseñanza, la separación de la Iglesia y el Estado, la apertura a Europa, la reforma de las Fuerzas Armadas, la comprensión de las nacionalidades históricas... Defectos tradicionales —finaliza— como la insolidaridad, la falta de respeto al adversario, la incultura, el integrismo, la educación cívica, la doble moral, el localismo, la envidia, la corrupción...

Fernández Santander cree necesario hacer constar que la España de Franco, como fruto de un régimen de concentración exclusiva de poder, ofreció numerosos casos de monopolios, abusos, cohechos, latrocinios y despilfarros que en un país democrático hubiesen origina-

do grandes escándalos y que en éste quedaron diluidos por la censura del Estado. «Censura además —insiste— que, en poder de verdaderos maníacos y obtusos mentales, alcanzó cotas increíbles de vesania y parcialidad».

El autor dedica un curioso apartado, con una recopilación exhaustiva de fechas y datos, a lo que considera que fue una constante en la vida de Franco: el firme convencimiento de que disfrutaba de una especial ayuda divina. Su corte de aduladores enseguida se sumó a este convencimiento, y así, desde Galinsoga, que en su biografía *Franco, centinela de Occidente*, afirmaba que la «vida de Franco ha sido conducida por el dedo de Dios», hasta el presidente de las Cortes, Rodríguez de Valcárcel, quien el 15 de octubre de 1970 —festividad de la Santa de Ávila— se preguntaba si «esa mano de Santa Teresa no se habrá convertido en corazón para mover la mano realizadora de la obra de Franco», y desde su primer consejo de ministros: «También cree el Gobierno rendir tributo de justicia a quien por designio divino...», hasta la revista *Ejército*, que aseveraba tajante en su número de abril de 1964: «Franco lo impidió. Cumplió sin duda un mandato providencial, divino», todo era un inmenso incensario.

En esta biografía, que busca sobre todo ahondar en la verdad humana del Caudillo y de su entorno, el lector también podrá encontrar testimonios y documentos hasta ahora poco o nada conocidos. Si la primera versión de este libro fue considerada como una de las mejores biografías de Franco por críticos tan poco sospechosos de antifranquismo como Stanley G Payne, ésta, renovada y ampliada, habrá de convertirse en referencia fundamental para todos cuantos quieran conocer, no sólo la figura de Francisco Franco, sino la realidad de la España de su tiempo.

Isabel de Armas

España y sus amenazas*

De Hispania a España no es un puro y simple repaso a nuestra historia. Se trata de un profundo

* Vicente Palacio Atard (ed.), *De Hispania a España*. El nombre y el concepto a través de los siglos, *Editorial Temas de Hoy, Historia, Madrid 2005, 350 pp.*

Pío Moa, *Contra la balcanización de España, La Esfera de los Libros, Madrid 2005, 217 pp.*

Miguel Platón, 11-M. *Cómo la Yihad puso de rodillas a España, La Esfera de los Libros, Madrid 2005, 476 pp.*

análisis que, con auténtica pasión investigadora, desmenuza los acontecimientos históricos y los movimientos políticos que, con el paso del tiempo, han transformado el nombre y el concepto de lo que hoy llamamos España.

El Colegio Libre de Eméritos, recoge en estas páginas las voces de los 17 historiadores más prestigiosos de nuestro país, todos ellos son profesores universitarios y académicos numerarios o correspondientes de la Real Academia de la Historia. Vicente Palacio Atard figura como coordinador de este esfuerzo intelectual colectivo que trata de comprender y desenrañar la evolución de la conciencia que sobre sí misma ha mantenido en cada momento nuestra comunidad, partiendo de la base de la continuidad de una cierta idea de unidad desde la Hispania romana, que se mantiene a lo largo de los siglos y coexiste con la evidente pluralidad de los reinos y territorios hispánicos, surgida tras el derrumbamiento del reino visigodo y consolidada a través de los siglos medievales. La persistencia histórica de la idea de unidad del conjunto de España y la simultánea pluralidad interna de ese mismo conjunto son, pues, elementos esenciales de la reflexión llevada a cabo en este trabajo, trabajo –insisten los autores– en el que no se trata de dar un

repasso a la Historia de España, sino de seguir la evolución de lo que ha significado en cada momento el concepto de España para los españoles.

Hace 2.200 años apareció el nombre de Hispania, que se ha conservado hasta nuestros días. «Este es un caso singular –afirma Palacio Atard en unas palabras previas–, a diferencia de otras provincias del antiguo Imperio Romano, que adoptaron el nombre de los pueblos germánicos, como ocurrió con la Galia, rebautizada con el de Francia, el país de los francos».

El libro que comentamos da respuesta a preguntas tales como, ¿de qué manera dejaron su huella histórica la romanización y la subsiguiente cristianización en Hispania? ¿De qué forma aquel proceso de más de seis siglos contribuyó a dotar a los hispanos de unas percepciones de comunidad, que absorbían el tribalismo originario de los habitantes de la península Ibérica?

Después de Roma, los visigodos se asentaron en el solar hispano y la monarquía gótica desempeñó un papel determinante en la conformación de una idea de España. Seguidamente, la invasión islámica puso en riesgo la conservación del nombre de Hispania y la subsiguiente sustitución por el de al-Andalus, hasta el

punto que los cronistas medievales hablan de la «pérdida de España». Sin embargo, el nombre de la antigua Hispania lo conservan los mozárabes de Córdoba o de Toledo. Incluso en las primeras acuñaciones de monedas cordobesas musulmanas aparecen leyendas bilingües, en cuya versión latina puede verse el nombre de España.

El enfrentamiento entre musulmanes y cristianos duró casi ocho siglos. En este periodo de tiempo, los reinos y condados medievales cristianos aparecieron en la historia con sus propios nombres. Entre los siglos VIII y X el reino asturleonés se considera continuador de la monarquía visigoda. También en el siglo VIII se organizó el que habría de llamarse reino de Navarra y dos siglos después, en el X, aparecerán Cataluña, León y Castilla, tras varias uniones y separaciones, en el siglo XIII forman ya un reino que se proyectará hacia el sur. Mientras tanto, Cataluña se había integrado con el reino de Aragón, formando la Corona aragonesa, que incorporaría los reinos de Valencia y Mallorca. La política matrimonial de la Casa de Trastámara intensifica la aproximación de los reinos de Castilla y Aragón. Por fin, en 1492, el más importante humanista de su tiempo, Antonio de Nebrija, pudo exclamar: *Hispania sibi tota restituta est*.

Los españoles de los siglos XVI y XVII proyectaron la idea de la Monarquía hispánica en las dimensiones de un imperio de nuevo cuño. «Hubo, sin embargo —subraya Palacio Atard—, una realidad subyacente de los antiguos reinos, que conservaron su personalidad histórica, aunque no sin tensiones internas, como ocurrió cuando el conde-duque de Olivares pretendió aunar los esfuerzos militares y económicos, y homogeneizar de alguna manera las instituciones, o cuando se introdujo la Nueva Planta a principios del siglo XVIII».

Los reformadores ilustrados del siglo XVIII, influidos por la gran conmoción de la Revolución francesa, son conscientes de una España que necesita responder al desafío de la modernidad europea. En los comienzos del XIX, la invasión napoleónica se convierte en el gran fundente de los españoles. Los autores de este libro se preguntan entonces: ¿Fue la agresión exterior, como ocurrió en otros países, un catalizador de la unidad nacional? ¿Lo fue la revolución liberal del siglo XIX?

Cuando más asentada parecía esa unidad, surgen los nacionalismos periféricos y, recién entrados en el siglo XXI, vuelven a resurgir con especial ímpetu, hasta el punto que la base de la España una y plural que está en la actual